

Una escalera en común

Karmele Jaio

fabula las redes
vecinales de cuidado

Borradores del futuro

Colección Álava #3

Borradores del futuro



BORRADORES DEL FUTURO

Productora

Azala Espacio de Creación

Ideación y creación del proyecto

Arantxa Mendiharat, Ixiar Rozas, Idoia Zabaleta

Coordinación

Arantxa Mendiharat

COLECCIÓN ÁLAVA #3

Autora

Karmele Jaio

Alternativa

Redes vecinales de cuidado

Asesor científico

Unai Pascual

Diseño de la colección

Ibon Sáenz de Olazagoitia

Ilustraciones

Raisa Álava

Correcciones

Amaia Apalauza

Comunicación

Teklak. Estudio de Comunicación y Audiencias

Web

La Debacle

Distribución

NOIZ

Imprime

Gráficas Dosbi

Primera edición

Junio 2020, Lasierra (Álava)

Patrocinador principal

Fundación Daniel y Nina Carasso

Entidades colaboradoras

Diario de Noticias de Álava

Fundación Vital

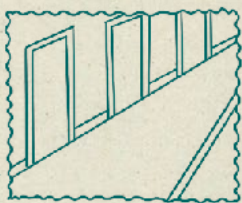
Hala Bedi Irratia

Radio Vitoria

Zas Espazioa

Depósito legal: 2020

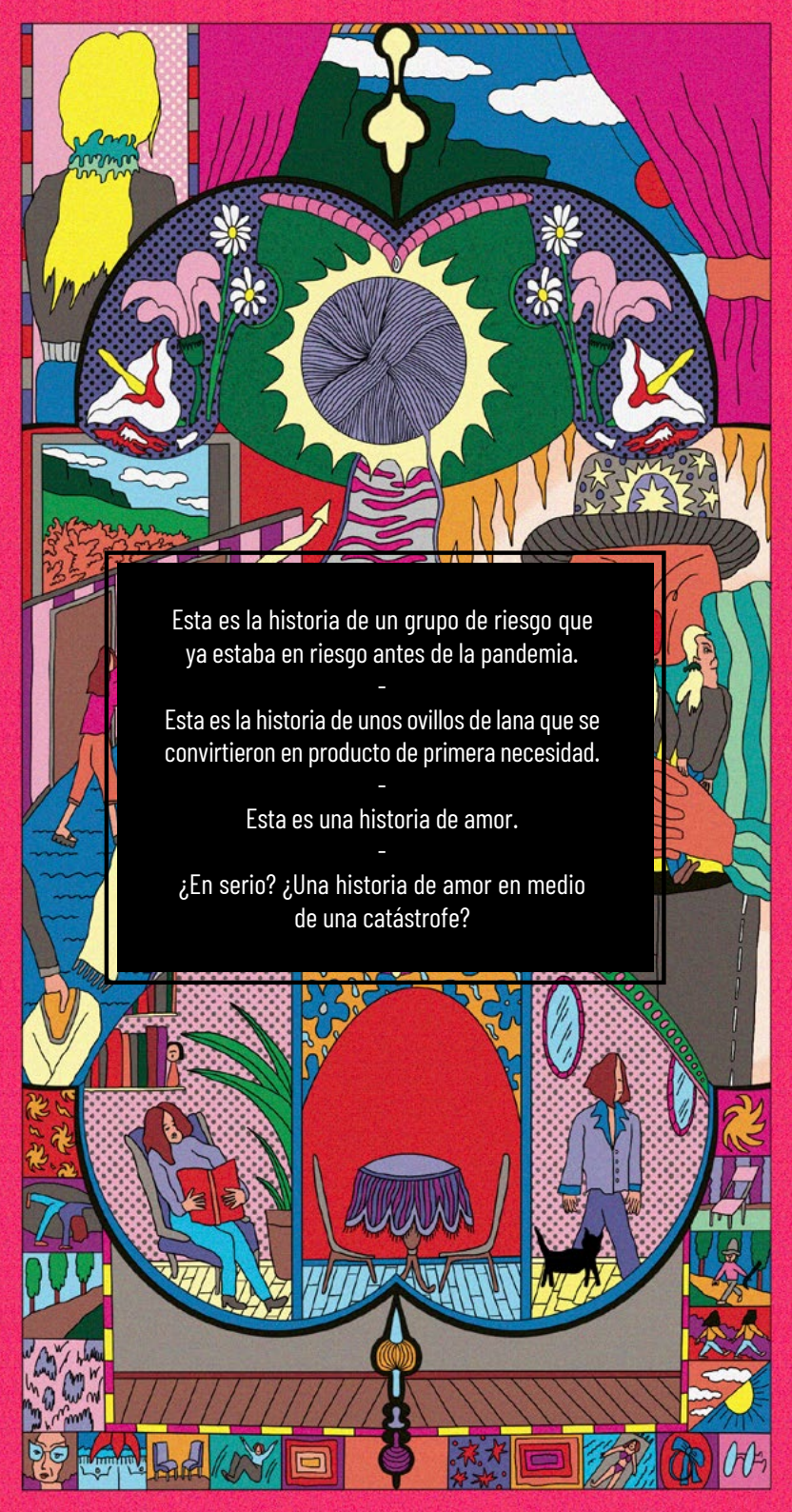
Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0)



Una escalera en común

Historias y fabulaciones
sobre mundos posibles

borradoresdelfuturo.net



Esta es la historia de un grupo de riesgo que
ya estaba en riesgo antes de la pandemia.

Esta es la historia de unos ovillos de lana que se
convirtieron en producto de primera necesidad.

Esta es una historia de amor.

¿En serio? ¿Una historia de amor en medio
de una catástrofe?

CRISTINA, 2º B

Hablan de catástrofe. Y de que a todas las personas nos está ocurriendo lo mismo al mismo tiempo. No saben de qué hablan. Durante este mes en el que no hemos podido salir de casa por el dichoso virus he vivido más tranquila que en los últimos doce años.

Nos conocimos hace trece. En menos de un año ya vivíamos juntos. Él necesitaba una mujer que pusiera en orden su vida, además de sus camisas, sus pantalones, sus cajones... Y creo que yo lo que realmente buscaba en él era poder posar mi cara en su pecho, que rodeara con sus fuertes brazos mi cuerpo, sentir su protección.

La protección de un hombre.

Su maldita protección.

Quién me iba a decir entonces que iba a acabar necesitando que me protegieran de él.

Cada uno busca lo que le han enseñado que debe buscar. Y a nosotras y a ellos nos han enseñado que busquemos cosas diferentes. Es lo que me dice Ainhoa, mi vecina, ahora que hablo todos los días con ella de balcón a balcón. En este nuevo tiempo he descubierto que Ainhoa, con la que hasta hace un mes no cruzaba más que un saludo en el ascensor, siempre sabe ponerle nombre a todo lo que nos ocurre. Por algo se dedica a escribir. Eso también lo he sabido ahora.

Nos separamos hace año y medio. Me separé de él. Hui. Salí corriendo. Salimos mi hijo y yo. Mi hijo salió con un jersey de capucha y once años de tensión y gritos a cuestas. Fue un acto de autodefensa. Entendí que la protección estaba en cualquier sitio menos en su pecho. Primero salimos nosotros de casa, luego el juez nos permitió volver para quedarnos y fue él quien tuvo que salir. No sé exactamente dónde vive ahora, pero sigo recibiendo sus mensajes, y cuando los recibo deseo con todas mis fuerzas que viva muy lejos. Y cierro la puerta por dentro con llave. A veces mi hijo me pregunta por la noche, ¿ya has cerrado bien la puerta, ama?

En doce años me convirtió en una isla. Eso también me lo dijo Ainhoa, lo de la isla. También ha sido capaz de ponerle nombre a eso. Es buena con las palabras. Durante los primeros años aún mantenía contacto con algunas amigas, los viernes tomaba algo con los compañeros de trabajo... El nacimiento de nuestro hijo fue la excusa perfecta para cortar con todo. Primero por mi embarazo, no te conviene salir mucho, no se te ocurrirá beber vino, tú quédate en casa y descansa, ya me quedo contigo si quieres... Me compró un

ordenador portátil para que los sábados por la tarde viera películas en la cocina mientras él veía el fútbol en el salón. No he tocado ese portátil desde entonces; lo tengo escondido en el fondo del armario, junto con algún objeto más que no quiero volver a ver. Y luego, una vez nacida la criatura fue como llevar una bola atada al pie con una cadena. Antes del embarazo salíamos a cenar los fines de semana. A partir de ser madre, empezó a salir solo. Antes trabajaba ocho horas, luego las reduje a la mitad para poder cuidar al crío, al final dejé de ser necesaria en el trabajo. No me renovaron el contrato. Me quedé en casa. No te preocupes, con lo mío nos llega. Esa trampa. Me quedé aislada. Lo de la isla, así exactamente como dice Ainhoa.

Una especie de mampara separa mi balcón del de Ainhoa. No nos vemos, pero oímos los ruidos y voces de nuestra vida cotidiana. En estos años nos hemos intuido regando las plantas o colgando la ropa, pero siempre hemos evitado coincidir, como con miedo a mostrar nuestra intimidad desde tan cerca. Si estaba a punto de salir al balcón y escuchaba movimientos en el suyo, esperaba. Ahora es al revés. Si la oigo salir al balcón salgo yo también, asomo la cabeza más allá de la mampara, ella también, y nos quedamos una frente a la otra, nuestros rostros colgados en el aire. Hablando.

—¿Tú crees que ya estamos a metro y medio?

—Sí, mujer.

Reímos.

Ainhoa vive sola. Él decía que es una tía rara. Que no se sabía muy bien cómo se ganaba la vida, todo el día en casa. Y que tenía pinta de lesbiana. No sé si lo de pinta de lesbiana lo llegó a decir en algún momento o me lo he imaginado yo después de ver algunas mañanas salir a la misma chica de su casa. Me pasa muy a menudo. Veo a una persona, observo una situación, y de pronto, de mi interior sale su voz, y me imagino exactamente lo que él diría. Y es como si lo dijera de verdad. Todavía está aquí dentro. Como una amenaza.

Antes de esta situación de confinamiento la amenaza era real, física. La amenaza era una cosa, como un objeto que puedes tocar, como puede ser una botella o un tenedor. Desde que nadie puede salir de casa, pienso que él tampoco puede salir de su vivienda y me tranquilizo, y, además, es un alivio saber que ahora hay gente durante veinticuatro horas al otro lado de mis paredes. Sus pasos y voces son un bálsamo para mí; sus ropas colgadas en los balcones se han convertido para mí en banderas blancas; sus notas en el portal, salvoconductos para una vida mejor.

Ainhoa y yo comenzamos a hablar por Jesusa, la vecina del 3º A. Un día, a la semana de confinamiento, Ainhoa sacó la cabeza de la mampara de su balcón, y, tras saludarme por primera vez desde allí, me preguntó si sabía algo de la vecina de arriba, que en los últimos días no escuchaba la televisión y que siempre la ponía muy alta... Ya sabes, vive sola, me dijo. No lo sabía, no sabía que vivía sola, y al principio incluso me costó adivinar de qué vecina hablaba.

Al día siguiente volvió a aparecer al otro lado de la mampara para decirme que se había ofrecido a Jesusa para llevarle la compra y bajarle la basura. También le llevaría unas pilas para el mando de su televisor. Por eso no la escuchaba en los últimos días.

E hizo hincapié en la lana.

Me dijo que Jesusa se pasa el día haciendo punto, que eso la salva, y que se está quedando sin lana. Que hay que conseguir lana. Con urgencia, dijo.

Y no dijo:

—Le hace falta lana.

Dijo:

—Nos hace falta lana.

Así, comenzamos a hacer turnos para llevarle la compra, bajarle la basura o preguntarle si necesitaba algo, y todos los días hablábamos en el balcón sobre las necesidades de Jesusa para el día siguiente. Generalmente hablábamos al mediodía y después de las ocho de la tarde, tras los aplausos a quienes viven la pandemia en primera línea.

Y así seguimos, aunque, estando las tiendas cerradas, aún no hemos conseguido la lana.

—Me niego a pedirla a Amazon, lo siento.

Ainhoa y sus principios.

—Igual deberíamos preguntar al vecindario, igual alguien tiene. Aunque no sé si nadie va a tener un ovillo de lana. Ya nadie hace cosas. Solo las compramos.

—¿Has visto el cartel del portal? Se ofrecen para prestar ayuda a quien la necesite. Firman Red de cuidados populares, o algo así. Igual nos pueden ayudar.

Podíamos pasarnos horas hablando. De balcón a balcón. Nuestros rostros en el aire.

Un día, sin que me lo preguntara, le expliqué por qué estábamos viviendo solos mi hijo y yo. Acabé contándoselo todo. Los desprecios de los primeros años, aún solo verbales; los empujones de los años

siguientes, cuando llegaba tarde por la noche; la primera vez que me pegó, precisamente el día de mi cumpleaños; las peticiones de perdón, llorando, el domingo por la mañana. Y todo lo que siguió. Sentir que al cerrar la puerta de mi casa por las noches estaba echando la llave a mi propia celda; el enemigo en mi casa, en mi cama, en mi respiración siempre entrecortada, en mis movimientos silenciosos, como si quisiera pasar desapercibida todo el tiempo. Como si fuera aire. Como si fuera nada.

Con los cuellos estirados, nuestras cabezas en el aire... Se lo conté todo a pesar de las malas condiciones. En realidad, las malas condiciones permitieron que se lo contara. Si no hubiese llegado el virus jamás lo hubiese hecho. Pero su voz tranquila, serena, y esa mirada de quien te está atendiendo realmente, algo a lo que no estaba acostumbrada, además de ese proyecto común de ayudar juntas a Jesusa, de buscar juntas la lana que se había convertido en material de primera necesidad, todo ello me introdujo en un torbellino de confianza. Y encontré en ella ese pecho en el que posar mi cara que estuve buscando toda la vida en algún lugar equivocado.

Hablan de catástrofe. Pero catástrofes hay muchas.

Que te falte lana puede ser una catástrofe.

AINHOA, 2º A

Como si fuera tan fácil. Escribir un relato sobre el confinamiento. Y hacerlo sin caer en lugares comunes. Ja. Los del periódico no saben muy bien lo que te han encargado. Has empezado el relato muchas veces. Los comienzos son fáciles; lo difícil es darles continuidad. Y el germen está en el comienzo. El futuro se construye en el presente, en la vida y en la ficción.

A veces, empiezas y enseguida lo dejas. Subes donde Jesusa a preguntarle cómo está o si todavía le queda lana, o sales al balcón a ver si Cristina está ahí. Desde que te contó todo lo que le ha pasado con su ex la miras con otros ojos. Te gustaría ayudarla, como a Jesusa, pero ayudar a Cristina no es tan fácil como subirle la compra a la vecina del tercero. Ha salido de lo que cínicamente suele llamarse una «relación difícil».

Una relación difícil. ¿Es que hay alguna que no lo sea? A ti, con tus relaciones, en los últimos años te ha pasado lo mismo que con ese relato que no llega a arrancar. Desde que la mujer que amabas



se fue de tu casa, has intentado comenzar alguna relación, pero te has alejado en cuanto empezaba a coger forma. Los principios son fáciles, pero sabes por experiencia que es peligroso adentrarse en una relación, o mejor, dejar que las relaciones se adentren en ti. Llega un momento en el que es difícil sacarlas de ahí adentro, que se pegan a tus órganos con una especie de pegamento de contacto. Y ni destrozándote las uñas es posible despegarlas. Y, a partir de ahí, estás desnuda, indefensa, como un bebé abandonado en el bosque. Si en ese momento la persona que amas se va de tu lado, si se va, te rompe, como se rompe una hoja de un relato que no sabemos por dónde continuar.

Te rasgaste como un papel cuando ella te abandonó. No soy de nadie, te dijo tras una discusión, y se fue de tu casa. Quizá insististe demasiado en un esquema de relación viejo que ya no vale. Y, a partir de ahí, tras pasar dos años enteros de hibernación, no has dejado a nadie que entre más allá. Has iniciado alguna relación, pero, en cuanto te han arañado un poco más adentro, en cuanto has empezado a sentir algún síntoma de dependencia, has huido. Temes volver al mismo lugar. Como dice Szymborska en «Despedida de un paisaje», solo eres capaz de recordar desde lejos. No estás como para volver a abrir tu puerta de par en par. Como si fuera tan fácil sobrevivir a un abandono. Esa catástrofe. Todavía guardas el frasco de colonia que se dejó olvidado en el armario del baño. No te has atrevido a tirarlo. Tampoco a volver a olerlo.

Hablan de catástrofe, pero catástrofes hay muchas. Y, además, el virus no es una catástrofe. Te gustaría contar en el relato que el virus, en realidad, es algo natural y que quizá el problema ha sido la salud del mundo en el que ha aterrizado. Sí, quizá debes escribir el relato a partir de ahí. Pero te parece casi imposible escribir ficción en un mundo que se ha vuelto ficticio. Es imposible hacerle la competencia. ¿Una utopía cocinada en medio de una distopía?

Has hecho algunos apuntes de lo que te gustaría hablar en tu relato. Te gustaría escribir que esta pandemia nos ha dejado ver más claramente que nunca nuestra fragilidad e interdependencia; cómo hemos despreciado el cuidado, olvidándolo y dejándolo en manos de mujeres mal pagadas o que ofrecen su trabajo gratis; cómo hemos vivido en contra del planeta, organizando una especie de suicidio colectivo; el consumismo excesivo e incontrolado en el que hemos estado inmersos, comprando camisetas manufacturadas en Nepal a cinco euros; la desigualdad creciente, llegando al absurdo de que

exista gente que trabaje ocho horas al día y siga siendo pobre; la prisa permanente como una forma de ceguera...

El virus nos ha mostrado más claramente que nunca que ya estábamos en riesgo antes de que llegara.

Pero ahora vete y cuenta todo eso en un relato.

Como si fuera tan fácil. Empiezas a escribir y cualquier excusa es buena para dejarlo. Te acuerdas, por ejemplo, de que en la nevera no quedan yogures. Y los del supermercado online te dan un plazo de diez días para recibir las compras. La crisis ha paralizado el mundo tal y como lo conocías hasta ahora. Pero quizá ha dado oxígeno a otro que estaba a punto de morir. Como la tienda de Virtudes, que ha estado ahí toda la vida, en el bajo del edificio. Fue el ultramarinos de sus padres; en su tiempo funcionó muy bien, pero estaba a punto de cerrar antes de la llegada del virus. Y mira, ahora la tienda de Virtudes está siendo tu salvación, la salvación de los del barrio estos días tan extraños. Ahora hacéis cola para comprar allí. E incluso habláis, manteniendo la distancia de seguridad. Gracias a ella y al acuerdo que ha llegado con una cooperativa de pequeños agricultores de la zona, allí podéis comprar verdura fresca, cerca de casa, sin necesidad de alejaros. Jesusa te dijo ayer que hacía tiempo que no comía unas acelgas tan frescas. Que le recordaron a las de su época. Como las del pueblo, te dijo. Te alegró ver que sonreía. Aunque te volvió a recordar lo de la lana.

Como si fuera tan fácil encontrarla.

Y te volviste a acordar de la red ciudadana de cuidados. Quizá podrían ayudarte a conseguir la lana. Así que saliste de casa corriendo hacia el portal para apuntar el número. Y, mientras bajabas las escaleras, de repente, sin saber por qué, recordaste la emoción y los nervios del primer cigarro, un Fortuna, que te fumaste a escondidas en el descansillo de casa de tus padres. Recordaste el olor y el sonido del tabaco consumiéndose. Cri-cri.

No sabes qué fue exactamente, pero mientras bajabas las escaleras sentiste como si algo que llevaba mucho tiempo dormido en tu interior comenzara a despertar.

CRISTINA, 2º B

Ainhoa me ha llamado desde el otro lado de la mampara. Excitada. Me cuenta que ha llamado al teléfono del cartel y que resulta que es

el de la vecina del 5º C. Y que, sin pensárselo dos veces, ha colgado y ha subido a hablar directamente con ella. La vecina le ha contado que la red ciudadana se ha creado en el barrio a partir de otra iniciativa de proveedores de frutas y verduras locales que ya existía anteriormente.

—Es una gente que ya compartía la cesta de compra ecológica. La cooperativa que impulsa la cesta les ha propuesto crear una red de ayuda, ¿no es alucinante? Y resulta que es la misma cooperativa que se ha puesto en contacto con Virtudes y le trae ahora la verdura.

Sí, me ha parecido alucinante, esperanzador, pero no sé si tanto como para que los ojos se me salgan de la cara como le está pasando ahora mismo a Ainhoa.

—Se llama Edurne, y es increíble —me ha dicho, y se ha quedado callada, mirando al edificio de enfrente, o a la nada, no sé.

—¿Y?

—Y nos ha pasado una cosa muy graciosa. Resulta que hoy es su cumpleaños. Cuando he llamado a su puerta, me ha dicho que lo estaba celebrando sola, que se ha puesto las velas y que se ha cantado a sí misma. Y, en ese momento, mientras le explicaba nuestra necesidad de conseguir lana, va y se me engancha la manga del jersey a un clavo de la pared del descansillo.

Ha parado un momento para reírse.

—¿Y? ¿Has conseguido algo con la lana?

—Es lo que te iba a contar...

Me ha contado, riendo, que ha tirado de la manga y se le ha empezado a deshilar y que la vecina ha tenido que ir a por unas tijeras para ayudarle a soltarlo. Y que mientras cortaba el hilo, en ese momento se han mirado las dos a los ojos, pensando exactamente lo mismo:

—Hemos pensado lo mismo las dos a la vez. ¿Tú te crees? ¡Vamos a sacar la lana de los jerséis!

No sé qué le ha pasado con la vecina del 5º C, pero se le ha cambiado hasta el tono de voz, siempre tranquilo, pausado, apagado. Ahora, con voz aflautada, me cuenta que la tal Edurne y ella han quedado en hacer una ronda entre el vecindario para proponer que busquen en casa jerséis que no usen hace tiempo para soltarlos y reutilizar la lana.

—Todos tenemos jerséis que no usamos nunca y están ahí, entre un montón de ropa que compramos para acumularla y nada más. ¡Saquemos la lana de ahí!

—¿En serio?

Me ha dado la risa.

—¿De qué te ríes?

—No sé, no sé de qué me río.

Y es verdad. No sé de qué me río, un cosquilleo creciente en el estómago me empuja a hacerlo sin saber realmente la razón.

Pero la risa floja se me corta de golpe, cuando Ainhoa me dice que yo también tendría que ir a algunas casas a contar nuestra propuesta. No sabes de lo que hablas, pienso, mientras me lo está contando. Tras todos estos años con él, no sé si soy capaz de acercarme así a la gente, de presentarme allí, yo sola, pidiendo ayuda. Como si una idea mía tuviera algún valor, como si yo misma le diera valor a algo mío. Después de tantos años con él, siento amputadas mis dotes sociales y la confianza en mí misma. No le gustaba que hablara con gente que él no conocía. Y no hacía falta que me lo dijera. Yo misma lo evitaba por miedo a que se enfadara. Y ahora no sé si soy capaz. Mi relación con Ainhoa ha sido el primer paso, pero llamar a la puerta de gente desconocida, aunque haya vivido años en mi mismo edificio, me aterra.

Le he dicho a mi hijo que voy a hacer una compra y he salido de casa como saldría Manuel Iradier en una de sus expediciones. Con el corazón palpitando fuertemente en mi pecho. Voy a salir a pedir ayuda. Qué difícil. Pedir ayuda. Siempre es más difícil que darla.

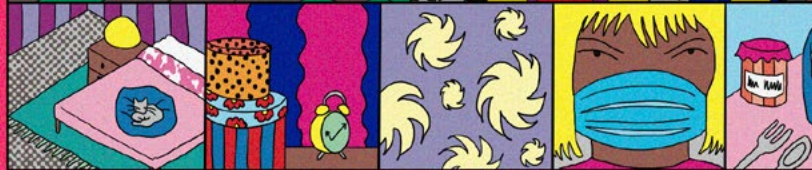
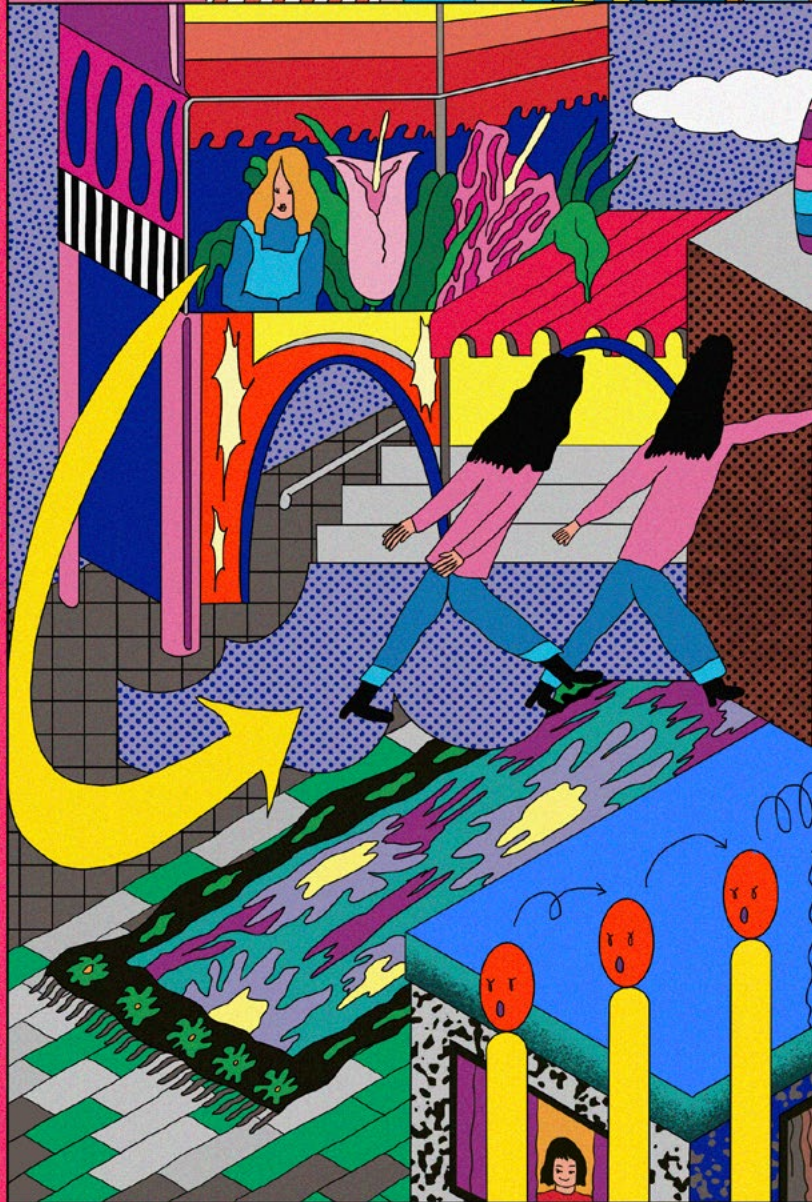
He estado un buen rato sin atreverme a llamar al 3º B, donde vive una pareja con sus dos hijas. Vinieron hace unos años, creo que son bolivianos. Me ha abierto la puerta la esposa, mientras se secaba las manos con un trapo de cocina. En cuanto le he dicho que pido ayuda, me ha dicho que no sabe si ella puede dar nada, que trabaja limpiando casas, que su marido es repartidor y se acaban de quedar los dos sin trabajo de la noche a la mañana.

Le he explicado que no pido dinero. Que necesito lana. Alguna prenda vieja que ya no utilicen o una vieja manta... Pero, tras percibir la angustia de sus ojos, me ha avergonzado pedirle nada, y le he dicho que si necesita algo vivo abajo, en el 2º B.

—Gracias, pero no sé en qué puedes ayudarme. Yo lo que necesito es un trabajo, nada más.

Entonces, ha aparecido de repente junto a ella una chica de unos doce años.

—Igual sí puedes ayudarnos –me ha dicho directamente–. ¿Tienes wifi?





Seguramente seguía nuestra conversación escondida junto a la puerta. La madre le ha empujado con el codo para que se retire.

—Perdona, es mi hija. Ya puedes perdonar. Ahora dan las clases por Internet. Y no tenemos Internet. Solo tenemos un viejo ordenador, pero sin Internet no pueden seguir las clases ninguna de las dos.

Y entonces ha aparecido la otra hija, un poco más joven. También debía de estar siguiendo nuestra conversación a escondidas.

Las dos me miran a los ojos expectantes, y no me ha quedado otro remedio que decirles que apunten la clave. La mayor la ha apuntado rápidamente en la palma de su mano y las dos han salido corriendo por el pasillo, en una carrera por ver quién de las dos llegaba primera.

—Se pegan por hacerse con el ordenador. Tienen que hacer turnos —me ha dicho la madre. Y entonces las palabras me han salido de la boca sin siquiera pensarlas.

—Puedo dejarte un ordenador portátil que no uso, si quieres.

Lo he dicho sin pensarlo, y ha sido como quitarme de encima una mochila pesada. La madre me ha mirado con cara de quien nunca ha recibido nada a cambio de nada. Alguien que no está acostumbrada a recibir regalos. Como si el músculo de recibir lo tuviera atrofiado. Sus ojos grandes, negros, brillantes. Se ha quedado un segundo en silencio, como dudando si decir lo que va a decir.

—Tengo un poncho. Lo tejí mi madre. Le tengo mucho cariño... Pero sé que a ella le encantaría ayudar.

La mujer sigue secándose las manos con el trapo, aunque hace ya tiempo que las tiene secas. Lo hace de manera automática, sin pensar. Y, de pronto, en mi cabeza he visto manos. Manos y más manos. Manos de niñas apuntando nerviosas mi clave de wifi; las manos de la madre de mi vecina y las de Jesusa. Manos de mujeres tejiendo una red que salva de la caída a este mundo de funambulistas.

Bajo las escaleras sintiendo una extraña ligereza. Como si fuera un dron sobrevolando el planeta.

Nunca hubiese imaginado que la clave de mi wifi me fuera a permitir conectar tan profundamente con el mundo.

AINHOA, 2º A

Has buscado en los armarios y has encontrado un viejo jersey que utilizabas hace años. Un jersey de color crema, con las mangas ce-

didás; recuerdas que siempre metías las manos dentro y estirabas las mangas. Recuerdas cuando llevabas el paquete de Chester y el mechero en la mano, dentro de esa manga. Hay una parte de tu pasado en ese jersey, un olor, por eso no lo has tirado nunca cuando has hecho limpieza. Has ido a buscar unas tijeras. Piensas que hoy, además de pasado, el jersey va a tener un futuro. Y sientes una especie de calor en el estómago que hacía años que no sentías. Has vuelto a recordar la escena con Edurne:

—Cuando volvamos a la normalidad... —le has empezado a decir mientras te soltaba el jersey. Pero no te ha dejado terminar.

—¿Volver a la normalidad? Pero si el problema era la normalidad... —ha sentenciado.

No has continuado. Y os habéis mirado a los ojos un segundo que te ha parecido un minuto. Qué capacidad la de nuestra mente de alargar los segundos como si fueran mangas de jersey.

Y, pensando en ese segundo, te das cuenta de que no la has felicitado. Te ha dicho que es su cumpleaños y no has sido capaz de felicitarla siquiera. Te pasa con la gente que te gusta, que te vuelves torpe. Con la gente que no te interesa, sin embargo, estás brillante. No tienes remedio.

Por la tarde, has estado un rato charlando con Cristina en el balcón. Mientras tomabais el sol.

—El sol de abril —le has dicho, y has suspirado, sin poder quitarte de la cabeza a Edurne. —Hay un poema de Eliot que dice que abril es el mes más cruel...

—¿Por qué el más cruel?

—Porque le acompañan unas locas e inesperadas ganas de vivir, dice...

—Pero nuestro abril no es un abril normal. ¿No dicen que esto es una catástrofe?

Sientes un sabor dulce en la boca. Lo reconoces. Y la pregunta te sale con la naturalidad de una tos.

—¿Tú crees posible una historia de amor en medio de la catástrofe? ¿Crees que es justo pensar en el amor en una situación de emergencia?

—Bueno, no todo se detiene en una catástrofe... Los árboles están en flor ¿no?... Y los pájaros... ¿No los oyes estos días?

—Es verdad. La gente también se enamora en las guerras. Ya se lo dijo Ingrid Bergman a Humphrey Bogart en *Casablanca*: «El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos».

Habláis sin veros, pero escucháis el movimiento de vuestras sillas siguiendo la dirección del sol, como si fueseis girasoles.

Otros días, has esperado a que el sol acabe escondiéndose tras el edificio de enfrente para entrar en casa, pero hoy, de repente, justo después de recordar la escena de *Casablanca*, has entrado corriendo. Y casi sin pensarlo has ido al baño y has abierto el armario. Ahí está. El frasco de colonia que no te has atrevido a tocar en dos años. Respiras. Una vez. Dos veces. Y lo coges. Tienes que encontrar algún papel para envolverlo, no tienes papel de regalo. Quizá unas páginas de revista te servirán. Se lo regalarás mañana, por su cumpleaños, cuando subas al 5º C a recoger su ovillo.

Ahora tienes que escribir. Y ahora ya lo sabes: vas a escribir una historia de amor. ¿Una historia de amor en medio de la catástrofe? Es todo un reto. Hace menos de un mes hubieses sido incapaz de escribir la palabra *amor* en un papel.

CRISTINA, 2º B

Hablan de catástrofe. Pero catástrofes hay muchas. Y antes de que apareciera el virus ya estaban aquí, ocultas bajo una especie de papel de regalo. Pero el papel se ha deshecho como mojado por la lluvia y han aparecido grietas, heridas, huecos, enfermedades.

Carencias.

Hace un mes, por ejemplo, hubiera sido impensable para mí hacer lo que he hecho hoy. Salir de casa e ir de puerta en puerta, recoger lanas de todo tipo de cada una de las puertas del vecindario. Y ha sido curioso, porque en lugar de darles yo las gracias, me las daban a mí, como si al soltar el jersey o la manta hubiesen logrado soltar también algún nudo que guardaban en el estómago. Ha sido como dar y recibir en un mismo acto. Creo que es la primera vez que he tenido esa sensación.

Y ahora aquí las tengo todas, extendidas sobre la alfombra de mi salón: lanas granates, marrones, negras, cremas, azules, verdes... Lanas de diferentes texturas y grosores. Parecen cabellos rizados de muñecas; aún conservan la curvatura que tenían dentro del jersey, la manta o el poncho. Hasta que alguien les dé una nueva forma.

Falta la mía.

He ido al armario, sabiendo qué jersey quiero encontrar. Me lo regaló en mi cumpleaños, el segundo cumpleaños que celebrábamos



juntos. Me lo puse para salir con él, aquel sábado. A la vuelta, en casa, me golpeó por primera vez. En aquel momento, la brusquedad y la violencia del golpe me recordaron un accidente de coche que tuve una vez. Pero esta vez no se hinchó el airbag, sino la rabia de sus celos. Se había sentido incómodo cuando aparecieron a felicitarme por sorpresa algunos amigos, sobre todo por la manera demasiado cariñosa con la que me abrazó uno de ellos. Cuando volvimos a casa, me agarró fuertemente del cuello y me puso contra la pared.

En mi cumpleaños, con mi nuevo jersey.

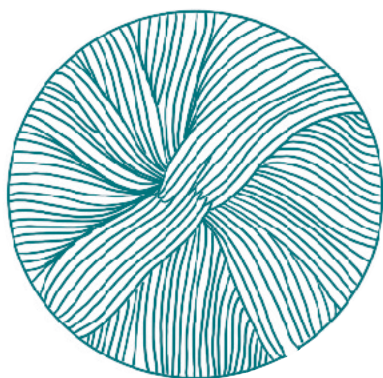
No quise usar el jersey nunca más. No ponérmelo se convirtió en mi única forma posible de resistencia, de protesta, una vez desactivadas como por arte de magia todas las demás. Alguna vez me preguntó por qué no me ponía el jersey que me regaló. Le respondía que no lo encontraba, que ya lo iba a buscar. Lo he tenido durante años bien escondido en el fondo del armario.

Y hoy ha llegado el momento de deshilarlo. De soltar todos esos hilos encogidos por el miedo dentro de él.

¿Me ayudas?, le he pedido a mi hijo. Y entre los dos hemos soltado el jersey. Poco a poco primero, cada vez más rápido, con rabia, prisa y nervios al final. Mis manos temblando.

Ha sido como soltar una vida entera.

Ahora solo me queda poner mi lana junto a las otras para comenzar a tejer con todas una nueva.



REDES DE CUIDADO

Otro tipo de relación con las personas que nos rodean y con nuestro entorno. Cada vez hay más propuestas sociales y económicas que aspiran a un sistema cuyo eje sea la sostenibilidad de la vida en su sentido más amplio. En armonía con el planeta, respetando sus recursos naturales; y en armonía con los cuidados que todas las personas necesitamos a lo largo de nuestra vida. Iniciativas como la que ofrecen la asociación de consumo de productos ecológicos BioAlai, el economato de Zigoitia o las redes de cuidado ciudadanas que se han creado con motivo de la crisis de la COVID-19 en varios pueblos de Araba y barrios de Gasteiz son un ejemplo de ello.

KARMELE JAIO

Vitoria-Gasteiz, 1970. Autora de tres novelas (*Las manos de mi madre*, 2006; *Música en el aire*, 2009 y *La casa del padre*, 2019); tres libros de relatos (*Hamabost zauri*, 2004; *Zu bezain ahul*, 2007 y *Ez naiz ni*, 2012), y un libro de poesía (*Orain hilak ditugu*, 2015). Su primera novela tuvo una gran acogida, ha sido traducida a varias lenguas y su versión inglesa fue premiada con el English Pen Award. Sus obras han recibido numerosos premios y han sido adaptadas al cine y al teatro, y sus relatos han sido seleccionados en numerosas antologías como el Best European Fiction 2017.

AZALA

Espacio para residencias artísticas en torno a tres ejes: investigación, formación y creación. Situado en Lasierra, un pueblo alavés de 12 habitantes. Desarrolla desde sus inicios en 2008 múltiples colaboraciones con agentes pertenecientes a su ecosistema, y quiere estar cada vez más ligado a prácticas situadas en su entorno.

BORRADORES DEL FUTURO

En todos los territorios, cada vez más personas, colectivos y organizaciones activan respuestas individuales o colectivas ante retos a los que nos enfrentamos: ecológicos, económicos, culturales, sociales, etc. Esas respuestas son las que llamamos *borradores del futuro*, utopías concretas, prototipos, alternativas. Suelen ser marginales, poco visibles, de un tamaño reducido.

Esos bocetos de sociedades posibles se desarrollan en un mundo en el que los relatos sobre el futuro son en su gran mayoría distopías, historias de un porvenir catastrófico, que alertan eficazmente sobre los peligros a los que nos enfrentamos, pero tienden a paralizar el movimiento. ¿Si el futuro es la crónica anunciada de un fracaso, para qué dedicar tiempo y energía a construir otros modelos?

En este contexto, es necesario activar canales de transmisión de iniciativas reales ancladas en un territorio. Construir ficciones e imaginarios a su alrededor es una manera de hacerlo. Para ello, desde *Borradores del futuro*, invitamos a autores/as a fabular en torno a alternativas existentes, creando narraciones especulativas que nos permiten vislumbrar qué pasaría en un futuro, más o menos lejano, si esas alternativas llegaran a expandirse.

Queremos conformar una colección de borradores para el cambio, una guía de acciones reales e imaginadas. La primera colección se construye en Álava; las siguientes podrán recorrer otras geografías.

#3

Edición de 2.300 ejemplares. Distribución en bares y lugares de paso en ciudades y pueblos de Álava. La publicación está también disponible en borradoresdelfuturo.net.





AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a todas las personas que nos han regalado tiempo, ilusión y energía a la hora de elaborar este proyecto, y especialmente a las que nos han ayudado a realizar el inventario de alternativas en Álava.

También agradecemos a Karmele Jaio, Raisa Álava, Unai Pascual, Gorka Fernández del economato de Zigoitia y a todas las personas que han participado en la sesión de «Futurible», ejercicio de proyección hacia el futuro mediado por Idoia Zabaleta y celebrado mediante videoconferencia el 30 de marzo 2020: Uxue Arbe Blanco (BioAlai), Irene Basilio Intxausti (Teklak), Nines Carcedo Alarcia (economato de Zigoitia), Ainhoa Fernández (economato de Zigoitia), Isabel Ferreira (Labea), Amaia Gabilondo (Garaion Sorgingunea y economato de Ozaeta), Edu Hernando (Pez Limbo), María Mur (Consonni), José Otero y Maite Telleria (Azala).